

Representación historiográfica y representación política: *rapprochement* estético en F. R. Ankersmit¹

AITOR MANUEL BOLAÑOS
Becario de Investigación. UNED

EN las últimas dos décadas del siglo xx, varios de los autores llamados postmodernos han producido algunas de las más interesantes páginas sobre la *utilidad y conveniencia* del estudio del pasado *para la vida*, parafraseando el título de un famoso ensayo de Nietzsche, auténtico *pater familias* de la postmodernidad, según Vattimo. Este sería el caso de Hayden White, Richard Rorty, F. R. Ankersmit o Keith Jenkins², entre otros. Y esto ha sido así por el interés y calidad de las discusiones que han mantenido con la historiografía tradicional y por los argumentos que han formado parte del debate. Sin embargo, algunos de los torrentes fundamentales del debate *historiografía-postmodernidad* continúan su incursión en los primeros años del nuevo siglo. La obra del profesor Ankersmit es ejemplar en este sentido: interlocutor privilegiado durante la década de los noventa entre las posiciones postmodernas (literarias y/o estéticas) y las tradicionales (epistemológicas) —como lo demuestra el debate mantenido con Perez Zagorin en las páginas de la revista especializada *History and Theory*— es ahora, a comienzos del siglo xxi, uno de los más reputados pensadores en materia de filosofía de la historia, historiografía y teoría política.

¹ F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, Stanford University Press, Stanford, 2001; *Political Representation*, Stanford University Press, Stanford, 2002 (citados como *HR* y *PR* respectivamente, seguidos del número de página). Recientemente, acaba de ser traducida al castellano su clásica *History and Topology: The Rise and Fall of Metaphor*, University of California Press, Berkeley, 1994 (*Historia y Topología: ascenso y caída de la metáfora*, FCE, México, 2005). Las relaciones entre la representación historiográfica y la política ya habían sido apuntadas por el autor en artículos anteriores: véase, por ejemplo, F. R. Ankersmit, «Political and historical representation», en A. Sukla (ed.), *Art and representation. Contributions to contemporary Aesthetics*, Westport, Praeger, 2001, págs. 69-90; y F. R. Ankersmit, «Representational Democracy. An Aesthetic Approach to Conflict and Compromise», en *Common Knowledge*, núm. 8:1, 2002, págs. 24-46.

Objetos de reflexión como la lógica narrativa, la representación historiográfica o la experiencia histórica han permitido reconocer la profundidad y originalidad de su *oeuvre* a todo un conjunto de interesados en los problemas de la representación del pasado y de la inconmensurabilidad socio-política.

De hecho, el concepto de representación ocupa en su obra el lugar de una auténtica bisagra entre la historiografía y la política. Como afirma en la introducción a *Political Representation*, «that representation —either the historical representation of the past or the representation of political reality that is the basis of all meaningful political action— is essentially aesthetic»³. Tanto la representación historiográfica como la representación política son, esencialmente, mecanismos estéticos para reducir y comprender la complejidad. Y es que la estética es una parte indisoluble de nuestras vidas y penetra «all kinds of human activity that at first sight seem to have no relationship with aesthetics»⁴.

La premisa básica de este texto es que Franklin R. Ankersmit ha venido desarrollando una crítica y sutil reflexión sobre los presupuestos epistemológicos, estéticos e ideológicos de la historiografía, por lo que intentaremos dar cuenta de alguna de las principales aportaciones de este autor, sobre todo a la luz de dos de sus últimas obras, que han sido publicadas recientemente en inglés (*Historical Representation* y *Political Representation*). Por otro lado, nos gustaría dejar para una ocasión más apropiada el análisis de su última obra publicada hasta la fecha, *Sublime Historical Experience*⁵, ya que, por su especial contenido, merecería un comentario aparte.

En primer lugar, vamos a intentar situar la obra de Ankersmit en el contexto filosófico apropiado. A continuación, expondremos con algún detalle aquello que creemos que es fundamental para entender el *pathos* estético tanto de su reflexión historiográfica como política. Por último, conviene recordar que, siguiendo a Sartori, en la

² Véase sobre Jenkins, el pionero ensayo de González de Oleaga, M., «Elogio de la vehemencia: A propósito de la obra de Keith Jenkins», en *Historia y Política*, núm. 10, 2003, págs. 340-348.

³ «Aquella representación —la representación histórica del pasado o la representación de la realidad política que es la base de toda la acción política significativa— es esencialmente estética», en F. R. Ankersmit, *PR*, pág. 2 (todas las traducciones son nuestras).

⁴ «Todas las clases de la actividad humana que a primera vista no parecen tener ninguna relación con la estética», en F. R. Ankersmit, *PR*, pág. 233.

⁵ F. R. Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, Stanford University Press, Stanford, 2005.

teoría de la representación se han engarzado, tradicionalmente, tres conceptos: el de mandato o delegación, el de representatividad y el de responsabilidad. Una concepción historiográfica y politológica de la representación, como la que sostiene Ankersmit, no debería nunca olvidar estos tres componentes.

GIRO LINGÜÍSTICO, POSTMODERNIDAD Y ESTETIZACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA⁶

El llamado giro lingüístico ha puesto las bases de la preocupación postmoderna por el lenguaje, en general, por los elementos lingüísticos, literarios y retóricos del discurso historiográfico, en particular, y por su carácter constructivista. Sin embargo, sólo fue con la publicación en 1973 de la pionera e influyente monografía de Hayden White sobre la imaginación historiográfica en el siglo XIX, que la filosofía lingüística y narrativa hiciera su aparición de manera definitiva en el debate historiográfico, con lo que se manifestó la importancia de la perspectiva literaria y metafórica en el estudio de la historia. Para Ankersmit, el giro lingüístico se hace patente, de una manera explícita, con la filosofía de Hayden White, cuando compara el pasado histórico, en sí mismo, con un texto. Derrida, por su parte, había postulado a finales de la década de los sesenta que no hay nada fuera del texto (*Il n'y a pas de hors-texte*), con lo que venía a reconocer la inconveniencia de recurrir a la *realidad* para justificar la veracidad de los textos contruidos sobre ella. En definitiva, se puede afirmar, siguiendo la formulación postmoderna de Ankersmit, que con el lenguaje ya no se describe ni se explica el pasado, sino que, propiamente, se interpreta⁷ y se representa⁸. El pasado no es sino el producto de nuestras propias interpretaciones y representaciones. Igualmente, afirma Ankersmit, «el constructivismo, como teoría sobre la autonomía de la narración respecto del pasado, está en lo correcto al desalentar nuestra creencia en una correspondencia entre el lenguaje histórico y la realidad»⁹.

⁶ Véase las entrevistas realizadas a las principales figuras de la crítica postmoderna y recogidas en E. Domanska, *Encounters: philisophy of history after postmodernism*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1998.

⁷ F. R. Ankersmit, «The Use of Language in the Writing of History», en *History and Tropology*, ob. cit., pág. 92.

⁸ F. R. Ankersmit, *HR*, págs. 80 y sigs.

⁹ F. R. Ankersmit, «The Use of Language in the Writing of History», en *History and Tropology*, ob. cit., págs. 84 y 85.

Para Richard Rorty (una de las mayores y más influyentes figuras de la reflexión filosófica actual sobre la naturaleza del lenguaje y sus múltiples implicaciones), la filosofía analítica del lenguaje, base del giro lingüístico, estima que los problemas filosóficos pueden ser resueltos o disueltos reformando o comprendiendo mejor el lenguaje que es usado en la actualidad. Y esta reforma o comprensión incluye a la historiografía. En dicho campo, la crítica de la empresa epistemológica tradicional ha permitido ampliar los márgenes del debate historiográfico. Rorty defiende una concepción del conocimiento que denomina anti-representacionalismo, según la cual el conocimiento no consiste en la aprehensión de la *verdadera realidad*, como dicen perseguir los historiadores, sino que consiste en la forma de adquirir hábitos y costumbres para hacer frente a dicha realidad, o lo que es lo mismo, consiste en la afirmación de que ningún elemento lingüístico *representa* a ningún elemento no lingüístico.

Según Rorty, con Davidson hemos aprendido a desembarazarnos de la noción de verdad descubierta y de la noción de representación como *correspondencia o imitación*. El esencialismo moderno ha sido censurado por la incredulidad anti-esencialista de la postmodernidad. Como afirma Rorty, «quienes quieren que la verdad tenga una esencia, quieren que el conocimiento, la racionalidad, la investigación, o la relación entre el conocimiento y su objeto, también la tengan. Es más, quieren poder hacer uso de su conocimiento de tales esencias para criticar las opiniones que consideran falsas, y que el rumbo del progreso venga marcado por el descubrimiento de más verdades. [William] James piensa que estas esperanzas son vanas. Ya no hay esencias a la vista. Ya no hay manera de dirigir, criticar o justificar epistemológicamente el curso de la investigación en su conjunto»¹⁰. La conclusión fundamental de la obra de Rorty es que la epistemología es una disciplina insegura porque su misma razón de ser es incierta¹¹. Todas aquellas cuestiones que preocuparon a los epistemólogos y a los historiadores sólo se solucionarán analizando los resultados de la investigación científica e historiográfica. El historiador, dicen tanto Ankersmit como Rorty, no es

¹⁰ R. Rorty, «Pragmatismo, relativismo e irracionalismo», en R. Rorty, *Consecuencias del pragmatismo*, Tecnos, Madrid, 1996, págs. 241-257, pág. 243.

¹¹ Para una actualización del pensamiento de Rorty, véase R. Rorty, *Against Bosses, Against Oligarchies: A Conversation with Richard Rorty*, Prickly Paradigm Press, Chicago, 2002. Debo a la profesora Marisa González de Oleaga el conocimiento de esta interesante editorial y de su fondo bibliográfico.

un espejo limpio y neutro donde se refleja la realidad del pasado: no es el *forum internum* del que hablaba Descartes ni el *sujeto trascendental* de la epistemología kantiana¹². Y es que los juegos del lenguaje han dejado paso al conflicto de las interpretaciones.

Pues bien, una vez perfilada brevemente la contribución del giro lingüístico al ámbito de la historiografía, conviene repasar también algunos argumentos de la crítica postmoderna a la concepción historiográfica tradicional, tal y como aparece en las obras que estamos comentando.

Miguel Ángel Cabrera considera que «el objeto prioritario de reflexión y blanco principal de la crítica postmoderna es el supuesto de que la investigación histórica produce una representación objetiva de la realidad social»¹³. La postmodernidad asegura que las obras historiográficas no son propiamente descubrimientos de las propiedades del pasado en sí mismo, sino que son construcciones lingüísticas y, en este sentido, son *cosas*. Por su parte, Ankersmit declara que, desde el punto de vista postmoderno, «the wild, greedy, and uncontrolled digging into the past, inspired by the desire to discover a past reality and reconstruct it scientifically, is no longer the historian's unquestioned task. We would do better to examine the result of a hundred and fifty years' digging more attentively and ask ourselves more often what all this adds up to. The time has come that we should *think about* the past, rather than *investigate it*»¹⁴.

Según la filosofía de la historia y la historiografía tradicional, cuyas preocupaciones epistemológicas y metodológicas están por encima de otras reflexiones, el discurso historiográfico es considerado como *el espejo del pasado* (por mencionar una metáfora de Richard Rorty que a Ankersmit le gusta utilizar), igual que la novela era considerada *el espejo del presente*. Sin embargo, la postmodernidad sostiene el carácter irremediabilmente artístico, construc-

¹² F. R. Ankersmit, *HR*, pág. 91.

¹³ M. A. Cabrera, «El debate postmoderno sobre el conocimiento histórico y su repercusión en España», en *Historia Social*, 50, 2004, págs. 141-164, pág. 142.

¹⁴ «La exploración salvaje, avariciosa y descontrolada del pasado, inspirada por el deseo de descubrir una realidad pasada y reconstruirla científicamente, ya no es la incuestionable tarea del historiador. Haríamos mejor en examinar con más atención el resultado de la exploración de ciento cincuenta años y en preguntarnos más a menudo a qué nos lleva todo esto. Ha llegado el momento en el que debemos *pensar sobre* el pasado, más que *investigarlo*» (el subrayado es nuestro, las cursivas son de Ankersmit), en F. R. Ankersmit, *Historiography and Postmodernism*, en *History and Theory*, 28, 1989, págs. 137-153, pág. 152.

tivo e imaginativo (como ha puesto de relieve recientemente Reinhard Koselleck) del discurso historiográfico, lo que lo relaciona con la literatura, en la medida en que ambos discursos deben proporcionar representaciones coherentes y verosímiles, en su mayor parte a través de discursos lingüísticos. Ankersmit argumenta contra lo que él considera la principal y más errónea creencia de toda la filosofía epistemológica tradicional: la transparencia y la neutralidad del lenguaje. Siguiendo a LaCapra, se sustituye el traje de la *correspondencia* por el traje *poético y tropológico*¹⁵ (con los trabajos de Hayden White) y por el traje *representativo* (con la obra de Ankersmit). Por tanto, el trabajo del profesor Ankersmit debe ser encuadrado en el esfuerzo postmoderno por criticar y renovar la disciplina historiográfica desde la perspectiva de la estética.

Pues bien, para la historia del arte, la crítica literaria y la historiografía, la teoría de la representación¹⁶ ha sido reconocido, durante largo tiempo, como uno de los problemas centrales (si no el central) de sus disciplinas: encontrar y justificar los mecanismos a través de los cuales el artista, el escritor y el historiador pueden producir y ofrecer representaciones de la realidad o del pasado. De estas representaciones se predicaba o bien su objetividad, o bien su realismo, o bien su naturalismo.

Tal y como podemos encontrar en los libros que comentamos, el punto de partida de Ankersmit es que la narración, la interpretación y la representación son mejores conceptos para analizar el trabajo historiográfico que los anticuados e insuficientes conceptos de la descripción y la explicación¹⁷. «Narrativism recognized that a historical interpretation *projects* a structure onto the past and does not *discover* it as if this structure existed in the past itself»¹⁸. El lenguaje puede ser usado para representar la realidad, pero la oposición entre lo representado y la representación no coincide con la tradicional oposición entre la realidad y el lenguaje.

¹⁵ Véase LaCapra, D., *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, Cornell University Press, Ítaca, 1983, pág. 76.

¹⁶ Véase una excelente introducción sobre la representación en E. Williams, *Representation Theory*, MIT Press, Cambridge, 2003.

¹⁷ F. R. Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, ob. cit., págs. 99 y 100. Véase H. Kellner, *Language and Historical representation. Getting the story crooked*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1989, págs. 310 y sigs.

¹⁸ «La narrativa reconoció que una interpretación historiográfica *proyecta* una estructura sobre el pasado y no la *descubre* como si dicha estructura existiese en el mismo pasado», en F. R. Ankersmit, *Six Theses on Narrativist Philosophy of History*, en *History and Tropology...*, ob. cit., págs. 33-43, pág. 36.

LA CONCEPCIÓN SUSTITUTIVA DE LA REPRESENTACIÓN

Franklin R. Ankersmit afirma que el término *representation* proviene de la reflexión estética contemporánea. Básicamente, podemos hablar de dos teorías sobre la naturaleza de la representación estética en este contexto: la teoría de la representación como correspondencia (*resemblance*) y la teoría de la representación como sustitución (*substitution*)¹⁹. De acuerdo con la primera teoría, una representación debe corresponder, debe ser idéntica a lo que representa. Por otro lado, como nos recuerda Ankersmit, la etimología es, en estos casos, nuestra mejor ayuda para salir del aparente callejón sin salida y poder así comprender mejor la naturaleza de la representación. Así, la (re)representación consiste en hacer presente (de nuevo) lo ausente²⁰. Por ello, de acuerdo con la segunda teoría, la representación sustituye a lo representado, de la misma manera que un retrato (o un parlamentario) sustituye, representándolo, al retratado (o al elector). Siguiendo a Rorty, además, Ankersmit mantiene que los respaldos principales de la historiografía son la estética y las prácticas artísticas, que sirven para desarrollar y modificar la autoimagen de un grupo humano, de una sociedad. De esta manera, las técnicas artísticas serían la base de la investigación y de la producción historiográfica, ya que de lo que se trata al hablar de historiografía es de la creación de una *imagen lingüística*, de una representación, que reconstruye parte de un discurso sobre la identidad pasada de dicho grupo humano o de dicha sociedad. Como afirma Ankersmit, podemos llegar a ser diferentes personas mediante la lectura de historias y esto es así gracias a que las representaciones que contienen contribuyen a la formación de nuestra identidad personal²¹.

Por otro lado, la postmodernidad no busca un sustituto de la epistemología tradicional, un cambio de paradigma, sino que, como afirma Rorty, produce una liberación respecto de la idea de que la filosofía o la ciencia deben centrarse en el descubrimiento de un método definitivo de investigación. En este sentido, la filosofía del

¹⁹ F. R. Ankersmit, *HR*, págs. 222 y sigs.

²⁰ «(Re)presentation is a making present (again) of what is (now) absent» (en F. R. Ankersmit, *Representational Democracy. An Aesthetic Approach to Conflict and Compromise*, en Perl, J. (ed.), *Peace and Mind : Seriatim Symposium on Dispute, Conflict, and Enmity : Part 1*, Common Knowledge, núm. 1, Winter 2002, y también en la página web http://muse.jhu.edu/demo/common_knowledge/v008/8.1ankersmit.html

²¹ F. R. Ankersmit, *PR*, pág. 235.

lenguaje de los últimos sesenta años del siglo xx y el desarrollo de la teoría contemporánea de la ciencia (en la versión del realismo científico propuesto por Sellars, Feyerabend, Morin o Prigogine), nos han enseñado a ver la ciencia y la historiografía como discursos *privilegiados* sobre la realidad. Tanto Ankersmit como Rorty consideran que debemos sustituir la concepción de la verdad sobre la realidad bajo una perspectiva privilegiada²² por una concepción de la verdad sobre la realidad entendida como múltiples discursos bajo determinadas concepciones. Ankersmit resume esta posición con las siguientes palabras: «the certainties of epistemological rules have given way to the openness of historiographical debate»²³. La historiografía no posee, como mantiene Ankersmit, un carácter puramente cognitivo, sino que es, esencialmente, una propuesta de cómo debe verse el pasado, lo que incluye una intención estética, interpretativa y ética. La historiografía «is not knowledge but an organization of knowledge»²⁴. Y el único concepto que puede dar cuenta satisfactoriamente de esta forma de entender la historiografía es el de representación. Como ratifica Ankersmit, la escritura historiográfica no nos ofrece sino representaciones del pasado²⁵.

Allan Megill ha expuesto con agudeza y penetración el grado en que los pioneros de la postmodernidad (y también sus continuadores) han intentado dinamitar las fronteras entre las disciplinas y, más concretamente, ampliar el alcance del esteticismo en cualesquiera teorías de la representación. Este esteticismo del escrito historiográfico también está en armonía, como sugiere Ankersmit, con la naturaleza *estilística* (*stylistic dimension*) de la escritura de la historia²⁶. Según esta última afirmación, «if various historians are occupied with various aspects of the same research subject, the resulting difference in content can just as well be described as a different style in the treatment of that research subject»²⁷. O como afirma Peter Gay, el *estilo* implica una decisión respecto de la *ma-*

²² bajo una *descripción*, afirma Rorty.

²³ «Las certezas de las reglas epistemológicas han dado paso al debate historiográfico», en Ankersmit, *The Use of Language...*, ob. cit., pág. 95.

²⁴ «No es conocimiento sino una organización del conocimiento», ídem, pág. 95. Para una distinción entre interpretación y representación, véase F. R. Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, ob. cit., págs. 96 y sigs.

²⁵ F. R. Ankersmit, *HR*, pág. 11.

²⁶ F. R. Ankersmit, *Historiography and Postmodernism*, ob. cit., pág. 144.

²⁷ «Si varios historiadores se ocupan de varios aspectos de la misma materia de investigación, el resultado diferente en *contenido* puede ser descrito acertadamente como un *estilo* diferente en el tratamiento de dicha materia de estudio», en F. R. Ankersmit, *Historiography and postmodernism*, ob. cit., pág. 144.

teria. La forma del discurso historiográfico, en suma, implica un determinado contenido²⁸, como ha estudiado Hayden White, de la misma manera que, en las democracias representativas contemporáneas, «hence a politics of form or style will also generate political content»²⁹.

Tenemos, por tanto, que ha sido el vocabulario de la interpretación el que ha terminado por imperar en la disciplina, aun a costa de un cierto menosprecio por el vocabulario puramente descriptivo y explicativo. Sin embargo, todos ellos tienen sus virtudes y sus defectos, por lo que Ankersmit ha propuesto, en su lugar, un tercer vocabulario, el de la representación³⁰.

A diferencia del vocabulario interpretativo, el de la representación es indiferente al significado, aunque el texto historiográfico, considerado en sí mismo, sí tenga un significado. «Meaning is originally representational and arises from our recognition of how other people (historians, painters, novelists) represent the world»³¹. En este punto reaparece también el esteticismo postmoderno, ya que Ankersmit estima que tanto la estética como la representación son la base de la historiografía, por lo que afirma que debemos examinar el discurso historiográfico desde la perspectiva de la estética³², como han hecho ilustres pensadores antes que él (Quintiliano, Ranke, Nietzsche, Croce o Hayden White). En definitiva, la historiografía debe ser subsumida en el concepto de arte y, por tanto, ser analizada desde el punto de vista estético, ya que representa lo particular, como nos enseñó Aristóteles en la Antigüedad y Croce recientemente³³.

²⁸ P. Gay, *Style in History*, W. W. Norton and Co., Nueva York, 1988, pág. 2.

²⁹ «De ahí, una política de forma o estilo también generará el contenido político», en F. R. Ankersmit, *PR*, pág. 11. Unas líneas más arriba Ankersmit escribe que una sociedad civil polarizada políticamente necesita una política de contenido ideológico mientras que nuestras sociedades *despolarizadas* necesitan una política de estilo. Para una conceptualización de los elementos constitutivos de la democracia parlamentaria (representación, compromiso —mejor que consenso, y confianza), según Ankersmit, véase F. R. Ankersmit y H. Te Velde (eds.), *Trust: Cement of Democracy*, Peeters, Leuven, 2004.

³⁰ F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, en *History and Theory*, núm. 27, octubre 1988, págs. 205-228, pág. 209.

³¹ «El significado es originalmente representacional y surge de nuestro reconocimiento de cómo otras personas (historiadores, pintores, novelistas) representan el mundo», en F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, ob. cit., pág. 210.

³² «I propose, therefore, to see the writing of history from the point of view of aesthetics», en F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, ob. cit., pág. 214.

³³ Ankersmit, *HR*, pág. 284.

La conclusión de todo lo dicho es que las evidencias del pasado, las huellas que de él se conservan, no señalan al pasado en sí mismo, sino a otras interpretaciones y representaciones del pasado, en contra de la visión del historiador tradicional, que considera que dichas huellas son la evidencia de que algo existió en el pasado³⁴. Si la labor fundamental del historiador es representar el pasado, no debemos afirmar a continuación que detrás de las huellas se encuentra el pasado, sino que sobre dichas huellas, los historiadores construyen sus interpretaciones narrativas, que son representaciones ellas mismas³⁵. El debate sobre el realismo y el idealismo historiográficos puede situarse al margen de las reflexiones que venimos comentando.

Ha sido la perspectiva epistemológica en filosofía de la historia la que dio origen al debate tradicional entre el realismo y el idealismo, debate que la representación pretende superar o trascender. Sin embargo, siguiendo la recomendación de Ankersmit sobre la conveniencia de recuperar, para la representación, la teoría de la sustitución tal y como la conciben Gombrich y Danto (en contra de la teoría de Nelson Goodman), Ankersmit nos avisa de que los vínculos entre cualquier representación y el objeto que dice representar son mucho más frágiles en la disciplina historiográfica que en la pictórica, por ejemplo, debido a un tipo especial de sinonimia que existe entre los objetos que representa un pintor, por ejemplo, y los objetos mismos. En definitiva, lo que se propone Ankersmit es que la historiografía absorba la realidad mediante el sustituto de su representación, en vez de «to hint at a ‘reality’ behind the representation»³⁶. Cuando los historiadores, como afirma Ankersmit, se sienten inseguros del estatus científico de su disciplina³⁷, en realidad están reconociendo el carácter imaginativo, constructivo y estético de su trabajo.

Veamos a continuación cuáles son los precedentes fundamentales de la concepción estética de la representación del profesor Ankersmit. Tanto en *Historical Representation* como en *Political Representation*, Ankersmit estudia pormenorizadamente cada uno de los

³⁴ F. R. Ankersmit, *Historiography and postmodernism*, ob. cit., pág. 145.

³⁵ F. R. Ankersmit, *Historiography and postmodernism*, ob. cit., pág. 147.

³⁶ «hacer alusión a una realidad detrás de la representación», en F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, ob. cit., pág. 227.

³⁷ F. R. Ankersmit, *Hayden White's Appeal to the Historians*, en F. R. Ankersmit, *HR*, págs. 249-261. La posición de Ankersmit, tan cercana a la de White, es criticada (y simplificada) por J. Fontana, *La historia de los hombres*, Crítica, Barcelona, 2002, pág. 181.

autores con los que mantiene estrechos lazos intelectuales, además de aquéllos con los que alimenta enconados debates.

Ankersmit parte del ataque postmoderno a la separación entre el lenguaje y la realidad. Dicho ataque ha venido siendo una característica latente de la profesión histórica, según Ankersmit, lo que permite a nuestro autor afirmar que la historiografía posee una naturaleza postmoderna que los historiadores han venido reconociendo, siquiera de manera inconsciente³⁸. «When the dichotomy between language and reality is under attack we are not far from aestheticism»³⁹, un esteticismo que podría ser considerado como la aportación más importante de la obra de Hayden White. La cuestión aquí es que tanto los discursos del novelista como los del historiador nos ofrecen ilusiones de realidad (*illusions of reality*).

Los ascendientes más importantes de Ankersmit han sido Arthur C. Danto y Ernest H. Gombrich. Para Ankersmit, la principal aportación de la filosofía de la historia de Danto es su concepción de la representación historiográfica, especialmente la idea hegeliana que se deriva de ella⁴⁰. Según esta idea, la posible verdad de la historiografía es siempre *ex post facto* respecto de la investigación, y no es encontrada en el pasado mismo. El historiador investiga el pasado con la esperanza de que *su* verdad sobre el pasado pueda servir a la vida y al presente⁴¹.

La principal enseñanza de Gombrich, según Ankersmit, es que la obra del artista no es una representación mimética de la realidad⁴², sino un sustituto de ella. La teoría de la representación como sustitución, en lugar de la teoría de la representación como identidad (que deriva de la práctica imitativa), sería la única coherente con

³⁸ F. R. Ankersmit, *Historiography and Postmodernism*, ob. cit., pág. 143.

³⁹ «Cuando la dicotomía entre el lenguaje y la realidad es atacada, no estamos muy lejos del esteticismo», en ídem, pág. 143.

⁴⁰ «Danto on Representation, Identity, and the Indiscernibles», en F. R. Ankersmit, *HR*, págs. 218-248.

⁴¹ F. R. Ankersmit, «Danto, History and the Tragedy of Human Existence», en *History and Theory*, núm. 42, 2003, págs. 291-304, págs. 303 y 304.

⁴² Como afirmaba Aristóteles, la mimesis sólo se produce respecto a las acciones de los hombres. Por eso, el medio más adecuado para dicha representación era, precisamente, el medio teatral, el teatro, sea en su versión trágica, sea en su versión cómica. Pero, ¿puede darse la mimesis, la imitación, respecto de la realidad *in-móvil*? Esta parece ser la idea que defiende Auerbach. La representación del movimiento, por otra parte, ha sido, según Gombrich, una de las principales asignaturas pendientes de toda la teoría y la práctica de la representación artística e historiográfica occidental. Véase también, F. R. Ankersmit, «Why Realism? Auerbach on the Representation of Reality», en *Poetics Today*, núm. 20:1, 1999, págs. 53-75.

la defensa del lenguaje y del arte (palabras e imágenes) como *pseudo-reality*⁴³ dentro de la realidad, no como discursos externos y, por lo tanto, frente a la realidad.

ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE EL ESTETICISMO HISTORIOGRÁFICO
Y POLITOLÓGICO DE F. R. ANKERSMIT

Para resumir, siguiendo a Danto y a Gombrich⁴⁴, para Ankersmit, la concepción estética de la historiografía no considera la representación como una imitación de la realidad, sino como un auténtico sustituto de ésta⁴⁵. El arte, como la historiografía, es siempre algo más y algo menos que una mimesis de lo que representa: es, además, su sustituto. Gombrich afirma que «all art is image-making and all image-making is rooted in the creation of substitutes»⁴⁶. Si no interpretáramos, seríamos *puramente* objetivos pero, al menos desde Kant, como nos recuerda Ankersmit, reconocemos que todo es interpretación⁴⁷. La moderna psicología de la percepción no ha hecho sino reafirmar esta concepción, que algunos historiadores pretenden constantemente que olvidemos haciendo aparecer a sus investigaciones como producto de la más rigurosa y actual de las ciencias. Y bien es verdad que, como opina Danto, existe una especie de *simetría* entre la representación y la realidad representada. Mientras no nos distanciamos de la realidad, seguimos siendo parte de ella y sólo enfrentándonos llegamos a tener conciencia de ella. La representación, en definitiva, sería, desde el punto de vista de Danto, la *apariencia enfrentada* de la realidad⁴⁸.

La recomendación final de Ankersmit es que debemos abandonar el vocabulario de la epistemología y centrar nuestra atención en el vocabulario de la representación historiográfica, como única posibilidad de superar el debate entre el realismo y el idealismo en la construcción de discursos válidos sobre el pasado. De hecho, la po-

⁴³ Pseudo-realidades.

⁴⁴ Véase también, H. White, «Conventional Conflicts», en *New Literary History*, núm. 13, 1981, págs. 145-160, especialmente las págs. 157 y sigs.

⁴⁵ Véase F. R. Ankersmit, *HR*, págs. 80 y ss y 222 y sigs.

⁴⁶ E. H. Gombrich, *Meditations on a Hobby Horse and Others Essays on the Theory of Art*, Phaidon Press, Londres, 1973, pág. 9.

⁴⁷ Véase J. Zammito, *The genesis of Kant's Critique of judgement*, Chicago University Press, Chicago, 1992, págs. 50 y 51, sobre la representación (*Vorstellung*) en Kant.

⁴⁸ F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, ob. cit., pág. 219.

sición postmoderna propuesta por Ankersmit no es tan extraña en relación con algunas de las teorías historiográficas tradicionales. Como ha expresado el propio Ankersmit, el postmodernismo es una radicalización de lo que él llama el *historismo*, por lo que no puede ser criticado como relativista, irracional o subjetivista⁴⁹. Estos tres conceptos pueden ser concebidos como la piedra de toque del reproche de parte de la academia a las propuestas de la postmodernidad.

En última instancia, para Ankersmit la historiografía no es la investigación del pasado sino una investigación, entre otras, *sobre* el pasado. Por eso no podemos hablar nunca de la obra definitiva sobre tal o cual parcela o acontecimiento del pasado: las interpretaciones, las narraciones y las representaciones del pasado son múltiples y variadas, y ello no implica, como se le ha acusado a la posición postmoderna, que defienda una concepción relativista y nihilista de la historiografía, sino simplemente estética⁵⁰. Ankersmit, White y otros autores no niegan que los hechos históricos hayan tenido una existencia real y externa al discurso de la historiografía, ni que esos mismos hechos puedan ser verificados y contrastados por la metodología y la crítica historiográfica. Lo que niega la postmodernidad es que el discurso historiográfico pueda ser considerado como objetivo y neutral respecto del pasado. En estos últimos libros que venimos comentando, Ankersmit no ha hecho sino recordar con insistencia esta concepción estética de la historiografía⁵¹, que ya estaba explícitamente contemplada en sus dos obras clásicas anteriores (*Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language*⁵² e *History and Tropology*).

La crítica postmoderna nos avisa de que el paso de los hechos a la narración, o a la explicación histórica, no se produce mediante una representación objetiva, sino mediante una construcción, mediante un proceso análogo a la representación pictórica⁵³, cuyo resultado más inmediato es una sustitución de lo representado, como

⁴⁹ F. R. Ankersmit, *HR*, pág. 148; e «Historism and Postmodernism. A Phenomenology of Historical Experience», en *History and Tropology...*, ob. cit., págs. 182-238. pág. 238.

⁵⁰ S. Sim, *Beyond aesthetics: confrontations with poststructuralism and postmodernism*, Harvester Wheatsheaf, Hempstead, 1992.

⁵¹ Véase, por ejemplo, sobre *Historical Representation*, la review de P. H. Hutton, «Looking for a juste milieu in a silver age of modesty», en *History and Theory*, núm. 44, 2005, págs. 391-403, págs. 393 y sigs.

⁵² Martinus Nijhoff, *The Hague*, 1983.

⁵³ F. R. Ankersmit, *HR*, págs. 42-45 y 83-84.

ya habían declarado Gombrich y Danto⁵⁴. Se manifiesta así el carácter artístico y constructivista (no meramente estilístico o retórico) de la historiografía, junto con el carácter antiesencialista y antifundacionalista de la posición postmoderna. Asimismo, para Ankersmit, todo el conocimiento historiográfico es conocimiento práctico, en el sentido de que debe ayudar a las generaciones presentes y futuras a encontrar una vía con la que enfrentar la realidad socio-política⁵⁵.

De hecho, Ankersmit considera, como White, que toda obra historiográfica incorpora un determinado juicio, al menos implícitamente, sobre los *pros* y los *contras* de determinadas ideas y valores políticos. En este sentido, siguiendo las enseñanzas de Tucídides, Maquiavelo o Edmund Burke, «the best political ideals and values are those that inspire and permeate the most convincing historical writing»⁵⁶. La representación, como en la historiografía, es también el corazón de la moderna democracia representativa: aquí, la concepción estética de la representación es indispensable y omnipresente⁵⁷. Gracias a ella, pueden los políticos hacer frente con éxito a la inconmensurabilidad y al caos del electorado, en la misma medida que los historiadores pueden proporcionarnos una representación coherente, desde el punto de vista ético y estético, del pasado. Y es que, en el fondo, lo que no deja de repetir Ankersmit es que su concepto de representación añade la noción estética del *punto de vista* del historiador a la función puramente cognitiva de la historiografía⁵⁸.

⁵⁴ F. R. Ankersmit, *HR*, pág. 96.

⁵⁵ F. R. Ankersmit, *HR*, pág. 279.

⁵⁶ «Los mejores valores e ideales políticos son aquellos que inspiran e impregnan la más convincente escritura historiográfica», en F. R. Ankersmit, *PR*, pág. 3.

⁵⁷ Véase el capítulo 4, *On the Origin, Nature, and Future of Representative Democracy* (el más importante de todo el libro), en F. R. Ankersmit, *PR*, págs. 91-132.

⁵⁸ F. R. Ankersmit, *PR*, págs. 234 y 235; y F. R. Ankersmit, *HR*, pág. 96.